

Procesos de transición a la adultez de adolescentes y jóvenes montevideanos: perspectiva de género y vulnerabilidad social

La perspectiva de análisis: enfoque del curso de vida

Desde la sociología, el análisis de la edad como variable de organización y estratificación social ha sido documentado en diferentes trabajos clásicos¹. No es, sin embargo, hasta la segunda mitad del siglo XX que el enfoque del ciclo vital toma empuje como perspectiva de análisis compleja y comprensiva de ciertos fenómenos que quedaban por fuera al considerar la edad simple como variable de estratificación (Cecchini, Filgueira, Martínez y Rossel, 2015). Desde esta perspectiva se analizan trayectorias, transiciones y puntos de inflexión que atraviesan las personas durante su vida (Elder, 1991).

Desde el punto de vista del ciclo de vida, se distinguen tradicionalmente cuatro etapas básicas en el ciclo vital de los individuos: infancia, juventud, adultez y vejez, cada una asociada a ciertos roles, vínculos y posiciones diferenciadas en la estructura social (Cecchini et al., 2015). En este marco, la juventud ha sido definida como período de transición en el que el individuo comienza a abandonar gradualmente los roles y el estatus que correspondían a la infancia, y a asumir progresivamente roles característicos de la vida adulta (Rossel, 2009; Filgueira y Rossel, 2015).

El concepto de emancipación resulta polisémico, pues no tiene un significado traducido en hechos que sea concreto y universal para todos los jóvenes. Parte de su complejidad es que la concepción de la juventud es altamente variable incluso de una cohorte de edad a otra: cada una es única en cuanto al contexto histórico en el que nació y se socializó (Elder, 1994; Filgueira, 1998).

Más allá de esto, la emancipación puede entenderse a nivel abstracto como una “secuencia de roles” o de papeles sociales. Siguiendo a Filgueira (1998), esto puede estudiarse desde dos planos: desde uno subjetivo y desde uno objetivo. El primero tiene que ver con la autoimagen que el joven tiene, con su sentido de identidad, y con cómo estos aspectos chocan con los cambios de rol típicos de la transición a la adultez. En este sentido el plano subjetivo está relacionado al estudio de actitudes, evaluaciones y opiniones.

Por su parte, el plano objetivo de la emancipación puede estudiarse a través de modelos de análisis de “historia de eventos”. Diversos autores (por ejemplo: Hogan, 1978, 1980; Hogan y Astone, 1986; Marini, 1984) han identificado cinco eventos que marcan la transición hacia la adultez: la salida del hogar de origen, la salida del sistema educativo, el ingreso al mercado laboral, la conformación de núcleo familiar propio y la tenencia del primer hijo. Estos eventos pueden analizarse en términos de “calendarios”, teniendo en cuenta la edad de ocurrencia y la forma en que se secuencian, así como en términos de calidad, considerando las condiciones en que se cumplen (Rossel y Filgueira, 2015).

Distintos calendarios pueden indicar proyectos de vida diferentes, o también manifestar desigualdades y restricciones entre adolescentes y jóvenes. Un grupo de teóricos se han alineado con el primer paradigma, de corte posmoderno, que considera que los cambios y variedades de calendario que caracterizan los procesos de emancipación actuales de los jóvenes son parte de la emergencia de “biografías electivas” (Du Bois Reymond, 1995): las decisiones de los jóvenes de hoy son más libres de los marcos tradicionales y rígidos que regularon los ritmos, duraciones e itinerarios de la transición a la adultez para generaciones

¹ Algunos ejemplos son los trabajos de Sorokin (1969) o Parsons (1942).

anteriores. Los propios estados adquiridos en la transición a la adultez ya no son lineales, sino variantes, no simultáneos, y desordenados, dando lugar a un proceso de “*de-linearisation*” (desestandarización) de las trayectorias. Asimismo, esos estados son incluso más reversibles que antes: los jóvenes pueden salir y volver a ingresar al mercado de trabajo o al sistema educativo, mudarse con su pareja y luego retornar al hogar de origen, etc.

Por otra parte, desde un punto de vista estructuralista², no debe perderse de vista que las distintas formas de transitar a la adultez no siempre son simplemente producto de elecciones personales, sino que hay causas estructurales, restricciones y determinaciones, que hacen variar los modos en que los jóvenes se emancipan (Casal, 1996; Stauber y Walther, 2006; Furlong, Cartmel y Biggart, 2006; Settersten, Furstenberg y Rumbaut, 2005). Furlong y otros (2006:1) consideran en su trabajo que “ha habido una tendencia a exagerar los procesos de ‘*de-linearisation*’ y que la tendencia moderna de referir la complejidad transicional como sintomática de ‘biografías electivas’ puede ayudar a enmascarar estructuras de desigualdad”.

En Uruguay, la Encuesta Nacional de Adolescencia y Juventud (ENAJ), en sus tres ediciones (Rama y Filgueira, 1991; Filardo, 2010; INJU, 2015a), ha habilitado distintos estudios descriptivos sobre las trayectorias de adolescentes y jóvenes uruguayos, que evidencian desigualdades en las formas de transitar hacia la adultez, marcadas en gran parte por las situaciones socioeconómicas de sus hogares de origen, y también por variables como el género y el territorio.

Otros estudios que abordan problemáticas específicas de la emancipación, como el acceso a la vivienda (Filgueira y Amoroso, 1997), la educación (Filardo, 2011; Fernández, 2010; Cardozo, 2016), el trabajo (Amarante, 2011; Araya y Ferrer, 2015; Bucheli y Casacuberta, 2010) o la maternidad (Varela et al., 2012; López y Varela, 2016), profundizan sobre esas desigualdades. A nivel general, concuerdan en que existe un aplazamiento de los roles adultos en los sectores más educados y de mayores ingresos, contra la asunción temprana de dichos roles en los sectores de menores ingresos.

Mientras que variables estructurales como el nivel socioeconómico y educativo, el género o el territorio afectan la forma en la que las y los adolescentes y jóvenes transitan hacia la adultez, pueden existir también dimensiones de vulnerabilidad en la vida adulta que fueron generadas o reforzadas durante el propio proceso de emancipación. Si bien los estados adquiridos durante el proceso de emancipación son, hoy en día, más reversibles que en el pasado, y los puntos de llegada ya no son tan lineales, “adelantar” el proceso de transición a la adultez y comenzar a adoptar roles adultos durante la adolescencia trae consigo riesgos sociales, ya que se interrumpen y restringen las oportunidades para prepararse para todas las dimensiones del mundo adulto. En este sentido, desde el punto de vista de la temporalidad, el abandono temprano del sistema educativo, la inserción temprana al mercado laboral, el embarazo adolescente o la expulsión o abandono del hogar de origen durante esta etapa, pueden implicar riesgos sociales importantes.

Sumado a esto, algunas secuencias de eventos pueden ser problemáticas y aumentar esos riesgos, por ejemplo: comenzar la trayectoria reproductiva antes de culminar la educación básica, o abandonar el hogar de origen sin haber comenzado la trayectoria laboral. A su vez, la calidad de los eventos también es relevante: las condiciones de formalidad del primer

² Desde este marco, se argumenta que la capacidad de agencia de cada persona está limitada por las condiciones estructurales de su entorno (Elder, 1994), así como al mismo tiempo habilitada por estas (Guiddens, 1996, 2006).

empleo, las condiciones de salud con que se lleve el embarazo, las características de la vivienda en la que el adolescente constituye su propio domicilio³. “Cuando la temporalidad, la secuencia o la calidad de los eventos propios de la emancipación es negativa, se están vulnerando derechos presentes y futuros de los jóvenes” (Rossel y Filgueira, 2015: 130). En este sentido, la forma en que se van asumiendo (y secuenciando) los roles adultos en la vida de los adolescentes, condiciona en buena medida el acceso a las oportunidades y el bienestar en etapas posteriores del ciclo de vida (Coleman, 1974; Schoon y Silbereisen, 2009).

Temporalidad y secuencia de los hitos emancipatorios para los jóvenes uruguayos, según género

Es destacable que las rutas de emancipación comenzadas por las personas en su adolescencia y juventud son esencialmente diferentes para las mujeres que para los hombres, tanto tomando en cuenta la temporalidad con que cumplen los eventos de la transición a la adultez, como la secuencia con la que los cumplen. Gran parte de estas diferencias tienen estrecha relación con los roles de género socialmente establecidos. Mientras los varones adolescentes cumplen los hitos relacionados al mundo público en mayor proporción que las mujeres, insertándose antes que ellas en el mercado laboral y abandonando antes el sistema educativo (asumiendo en el proceso características de un *breadwinner* adulto), las mujeres se les adelantan en cumplir los hitos relacionados al mundo privado: la salida del hogar de origen, la convivencia con la pareja y la tenencia de hijos.

Respecto a las secuencias de los hitos durante los procesos emancipatorios, estas también varían por género. A nivel nacional, existen pocos trabajos que pongan énfasis específicamente en las secuencias de la transición. Filardo (2015), por ejemplo, analiza secuencias con las ENAJ de 2008 y 2013, tomando la edad de ocurrencia promedio de los distintos hitos según algunas variables clave (sexo, territorio, nivel educativo), y observa los resultados de los grupos en forma agregada. La metodología que aquí se propone pretende estudiar las secuencias a nivel individual, siendo cada sujeto relevado una unidad de observación, y luego hacer las agregaciones correspondientes.

En este sentido, observando las secuencias para hombres y mujeres de cuatro hitos emancipatorios (primer trabajo, desafiliación educativa, salida del hogar de origen y primer hijo), se encuentra que las mujeres presentan más variabilidad en las formas de emanciparse que los varones: con datos de la ENAJ de 2013, se identifica para las mujeres de entre 25 y 29 años un total de 99 secuencias emancipatorias, mientras que para los hombres de la misma edad y en el mismo año se identifican 70 secuencias. A su vez, los hombres concentran un mayor porcentaje de casos en un menor número de combinaciones: el 60% de los casos se acumula en 12 secuencias, mientras que para las mujeres, las principales 12 secuencias acumulan el 54% de los casos. Esto podría ser coherente con el argumento de la desestandarización (o “*de-linearisation*”) que expone la creciente variedad de “biografías electivas” de los jóvenes actuales respecto a los de generaciones anteriores. Sin embargo, si se observa la variación de las secuencias también según capital cultural, ocurre que es entre las jóvenes de capital bajo que se da el mayor número de combinaciones.

Esto puede explicarse porque los jóvenes de capital cultural bajo tienen secuencias completas en mayor medida que los jóvenes de capital medio y alto. Los jóvenes de mayor

³ Pocos trabajos estudian en forma intensiva aspectos relacionados con la calidad de los eventos de la emancipación, y cómo esta afecta y configura las trayectorias vitales de los adolescentes y jóvenes uruguayos. Un ejemplo es la investigación de Carrasco (2012), que encuentra una relación positiva entre la informalidad del primer empleo y situaciones posteriores de desprotección en el mercado laboral.

capital cultural tienden a postergar algunos hitos de la emancipación, como la tenencia de hijos o la salida del sistema educativo, lo cual disminuye la cantidad posible de combinaciones de secuencias respecto a los jóvenes de capital cultural más bajo. Acorde a esto, es predecible que las mujeres cuenten con mayor variabilidad en sus secuencias que los varones, dado que la tenencia de hijos y los demás hitos del “mundo privado” son postergados en menor medida que en el caso de los varones.

El primer trabajo y la desafiliación educativa

Cuando se analizan los cambios en el tiempo del porcentaje de cumplimiento, por ejemplo, del hito del primer trabajo, o de fenómenos como la deserción educativa en los adolescentes, debe necesariamente tenerse en cuenta que las trayectorias educativas y laborales están atadas entre sí. Como se confirma con el análisis de secuencias, lo más común es que una vez que se cumple el hito del primer trabajo inmediatamente (o simultáneamente) se cumpla el de la desafiliación educativa, y viceversa.

Sumado a esto, se observa una estrecha relación entre las trayectorias laborales y educativas y los ciclos económicos. Los períodos en los que el ciclo económico se enlentece vienen acompañados de una disminución de la deserción educativa, así como de una disminución de la participación laboral de los adolescentes. Por otro lado, en los períodos de expansión los adolescentes se vuelcan en el mercado laboral en mayor medida, y la retención del sistema educativo es menor.

El primer trabajo y la salida del hogar de origen: el territorio como factor problemático

Siguiendo a Kaztman (1999), para construir y poder tomar decisiones sobre sus propias trayectorias, las personas (en este caso, los jóvenes) hacen uso de determinados “activos” (capital físico, capital humano, capital social) a los que acceden a través de una estructura de oportunidades, esto es, la estructura conformada por las esferas del Estado, el mercado, la comunidad y la familia. El primer trabajo y la salida del hogar de origen son dos hitos en los que el capital social se vuelve especialmente relevante como estrategia para su cumplimiento, y la esfera de la familia y la comunidad resultan clave para facilitarlos. Por ejemplo, para 2013, el 65% de los adolescentes y jóvenes encuestados por la ENAJ dijo conseguir su primer trabajo a través de conocidos, amigos o familiares (en Montevideo: 61%), lo cual es una muestra muy clara de la utilización del capital social.

En cuanto a la salida del hogar de origen, esto implica que los jóvenes constituyan un hogar en un nuevo domicilio. Filgueira y Amoroso (1997) afirman que las personas, para conseguir vivienda, recurren a una (o a varias combinadas) de las esferas de la estructura de oportunidades, desarrollando de esa manera sus estrategias habitacionales. La obtención de vivienda y el cambio de domicilio de los jóvenes depende entonces de:

- a. su poder adquisitivo en relación a la disponibilidad de bienes habitacionales, por ejemplo, su desempeño probable en relación a la oferta y demanda de bienes inmobiliarios para la compra o el arriendo, su capacidad de manejo en relación a los sistemas de financiamiento privado, etc.,
- b. su pertenencia a determinadas instituciones intermedias de la sociedad, en particular, a la familia, redes de parentesco y amistad, y
- c. su capacidad de acceso a bienes que resultan de determinadas políticas desarrolladas por el Estado; planes y programas de vivienda. (Filgueira y Amoroso, 1997: 7)

Un indicador de la utilización de capital social en el acceso a la vivienda es el análisis de la condición de tenencia. Siguiendo nuevamente a Kaztman (2000), la condición de ocupante con permiso del propietario es proxy de alguna forma de capital social. Para 2017, el 30% de los hogares con jefatura juvenil son ocupantes con permiso de un particular (contra 19% para el total de hogares).

La importancia del capital social para conseguir el primer trabajo y para mudarse por su cuenta deriva en que ambos hitos compartan un potencial factor de riesgo: la segregación residencial socioeconómica (SRS). Según Rodríguez (2001), la SRS puede entenderse como la ausencia o escasez relativa de mezcla socioeconómica en las subunidades territoriales de una ciudad.

Hernández y otros (2013) resaltan algunos de los aspectos señalados por la literatura internacional en relación al espacio geográfico como factor que puede potenciar o frenar la acumulación de activos. Más allá de considerar al territorio como un plano en que se representan las variables, se lo puede incorporar al análisis como un factor que incide en la generación de los fenómenos:

...una de las formas en que el espacio y el territorio inciden sobre las problemáticas de desafiliación tiene que ver con la concentración de sectores homogéneos y el refuerzo de sus pautas de interacción endógena con muy baja participación en circuitos de interacción multiclase. Estos procesos tienden a estrechar muchas de las posibilidades de ascenso social en tanto expone al individuo a menos oportunidades de acumulación de activos de toda especie –especialmente social, pero también físico y humano. También desde el plano simbólico, residir en contextos desfavorables y homogéneos bloquea la posibilidad de exposición a referentes y modelos de rol que faciliten la participación en la sociedad y la inserción en sus instituciones. Partiendo de una situación ya desventajosa, estos escenarios vienen a solaparse como capas adicionales de vulnerabilidad sobre estos hogares. (Hernández y otros, 2013: 30)

En este marco, el hecho de que el primer trabajo y la salida del hogar de origen dependan en buena parte de los activos disponibles en la familia o en la comunidad puede devenir en un círculo en el que los jóvenes que viven en barrios de nivel socioeconómico bajo y homogéneos encuentren dificultades para mejorar su situación, porque los circuitos a los que acceden y mediante los cuales pueden obtener activos se ven restringidos por la segregación. Por ejemplo, es probable que un joven de un barrio de la periferia montevideana acceda a un trabajo a través de familiares, amigos o conocidos, que sea de carácter informal, mientras que a los jóvenes que provienen de barrios de carácter heterogéneo y nivel socioeconómico medio o alto su círculo de contactos les pueda permitir acceder a un trabajo formal.

La salida del hogar de origen y el reforzamiento de la segregación

Al mudarse de su hogar de origen y constituir un hogar propio, los jóvenes montevideanos pueden permanecer en el mismo barrio, o mudarse a otro. Si se tienen en cuenta tres tipos de barrio, siguiendo la metodología de Hernández y otros (2013) (barrios de nivel socioeconómico medio alto y heterogéneo – tipo 1; de nivel bajo y heterogéneo – tipo 2; y de nivel bajo y homogéneo – tipo 3), dependiendo de cuál sea el tipo de su barrio de origen, el joven que se muda puede dispersarse hacia un barrio de tipo equivalente al suyo, o bien mejorar o empeorar su situación en la estructura urbana considerada⁴. De esta manera, se consideran cuatro tipos de movilidad espacial:

⁴ Las expresiones “empeorar” y “mejorar” no implican necesariamente un empeoramiento o una mejora de la situación personal o de la situación del hogar del joven, ya que pueden mudarse de barrio y mantener el ingreso global y demás indicadores de bienestar. De la misma manera, las expresiones utilizadas en la tipología (movilidad ascendente y descendente) no se relacionan a una movilidad en la estructura social

1. **Ascendente**, cuando se muda a un barrio de mayor nivel socioeconómico y más heterogéneo;
2. **Descendente**, cuando se muda a un barrio de menor nivel socioeconómico y más homogéneo;
3. **Equivalente**, cuando se muda a un barrio similar al barrio anterior, y
4. **Acotada**, cuando se muda dentro del mismo barrio (o asume rol de jefe de hogar en su hogar de origen).

Dada esta tipología, con datos de las Encuestas Continuas de Hogares 2008-2010, puede decirse que el 49,4% de los jóvenes que se muda por su cuenta (y que son jefes o cónyuges del jefe de hogar) se mueve por el espacio en forma acotada, esto es, conforma su hogar propio en el mismo barrio en donde vivía anteriormente, ya sea que nació allí, o que llegó durante su niñez o su adolescencia. El 26,6% se muda a un barrio de las mismas características al barrio de origen (movilidad equivalente). Apenas un 8,9% logra una movilidad ascendente, mientras que un 11,4% empeora su situación en la estructura urbana considerada. Por último, el 3,4% proviene de otro departamento o de otro país.

El tipo de movilidad varía según ingresos: a menores ingresos, resulta más común que los jóvenes se muden dentro del mismo barrio de donde ya viven. Por otra parte, a medida que los ingresos crecen, un mayor porcentaje se muda a barrios equivalentes en nivel socioeconómico y heterogeneidad.

Este fenómeno de “movilidad acotada” implica que el hito de la salida del hogar de origen, atravesado por el acceso al capital cultural, a su vez puede reforzar el propio fenómeno de SRS, constituyéndose en un fenómeno endógeno.

La transición a la adultez y las políticas

- Resulta necesario pensar en arquitecturas de política que reduzcan los riesgos relacionados a la transición a la adultez en forma efectiva, y que logren una protección universalista y no segmentada.
- Las intervenciones sobre determinados hitos de la emancipación deben tener en cuenta las interconexiones que estos experimentan entre sí. Por ejemplo, las intervenciones sobre el mercado laboral no pueden pensarse por separado de las acciones para mejorar la retención educativa. No conviene dejar algunas trayectorias a la suerte del mercado o de las capacidades acumuladas por las familias.
- Es clave que la transición hacia la adultez sea considerada en su globalidad como un asunto público, y que las políticas actúen en función no solo de los contextos socioeconómicos de los que provienen los y las adolescentes, sino también de la forma que toman sus trayectorias.

en un sentido clásico. Estos conceptos son utilizados exclusivamente en referencia a la movilidad por la estructura urbana, operacionalizada en tres tipos de barrio.